

SAN JUAN DE LA CRUZ, TERAPEUTA DEL ESPÍRITU

Daniel de Pablo Maroto

Carmelita Descalzo de “La Santa”

El 14 de diciembre retorna a la memoria la figura de san Juan de la Cruz con su lección anual. Le pregunto qué mensaje nos deja este año para la reflexión y contesta que considere la realidad de la sociedad y aplique los remedios que él expuso en sus obras.

¿Qué cuadro moral nos encontramos en la sociedad actual? Siento reparo en juzgar la maldad o la bondad de nuestro tiempo porque la historia del hombre es un ajedrezado de casillas blancas y negras, sin poder determinar el predominio de unas sobre otras. Pero puestos a la tarea, fácilmente nos convertimos en moralistas, en jueces más inclinados a condenar que a absolver y comprender las debilidades de los humanos. Eso hicieron los filósofos e historiadores de Grecia y Roma, los profetas de Israel, y lo han pregonado los predicadores del N. Testamento. Puede que en esto siguiesen las enseñanzas de Cristo, quien juzgó negativamente a los hombres de su generación porque llevaban siglos suspirando por el Mesías y, cuando llegó el Nazareno lo condenaron a muerte.

Y ¿para qué seguir? Siempre han existido críticos de su tiempo, especialmente los predicadores cristianos, para inducir al pueblo a la conversión como agoreros o “profetas de calamidades”, de quienes abominamos porque el ser humano no quiere que le nombren la soga en casa del ahorcado. En el tiempo en que vivió y escribió san Juan de la Cruz, calificado como el “siglo de oro”, lleno de gloria y de esplendor, en el fondo, fue muy criticado por escritores y predicadores como tiempos “recios”, de herejías y cismas, de guerras de religión, de pensamiento utópico, de frustración porque utopía significa “en ningún lugar”.

Por eso no busquemos en ese siglo islas baratarías ni la ciudad del sol ni las islas afortunadas ni el jardín de las Hespérides. Todo es un sueño quimérico, pura fantasía, una alucinación en tiempo de canícula. Es verdad que necesitamos, en caso de elegir alternativas, utópicos integrados en la realidad de la vida más que profetas de calamidades, pero ni unos ni otros construyen la historia que sobrevive a sus propias deficiencias. Sólo los sabios y los santos la iluminan con la verdad de de la sabiduría y la bondad de la santidad.

San Juan de la Cruz, como ser utópico integrado en la realidad histórica de su tiempo, lo juzgó con benevolencia cuando escribió en uno de los “Dichos de luz y de amor”: “Siempre el Señor descubrió los tesoros de su sabiduría y espíritu a los mortales; mas ahora que la malicia va descubriendo más su cara, mucho los descubre” (nº 1). Pero también con crudo realismo cuando critica el despiste de los cristianos devotos, que buscan en Dios dulzuras en vez de

cruces, o le preguntan sobre el futuro o el camino a seguir mediante revelaciones privadas y él les remite a Cristo en quien Dios ha hablado todo lo que tenía que decir a la Iglesia y el mundo, después de lo cual él quedó “mudo” porque no tiene más que decir una vez concluida la revelación del *Apocalipsis*. Después, habla en la Iglesia, depositaria de la verdad revelada y traductora del mensaje a veces cifrado de la Revelación bíblica.

Pero además de esa lección magistral, el doctor de la Iglesia Juan de la Cruz tiene una palabra más que decir a esta sociedad satisfecha de materialismo, pero carente de valores morales, estresada y depresiva, con multitud de individuos adictos a satisfacer necesidades innecesarias, que han entrado en el inconsciente colectivo como imprescindibles. Millones de envases de ansiolíticos dicen los médicos que se consumen diariamente y eso quiere decir que sobreabundan las enfermedades físicas y mentales, la angustia generalizada, como dicen los psicólogos, los neurólogos y los psiquiatras. Mientras los psicoterapeutas recetan medicamentos, los poetas inventan fábulas como Iriarte la de “La ardilla y el caballo”, que expresa bien la inquietante acción de los activistas modernos comidos por las prisas y el afán desmedido de producir, de acumular riquezas. La ardilla le dice al caballo:

“Señor mío, / dese brío, / ligereza / y destreza / no me espanto / que otro tanto / suelo hacer, y acaso más./ Yo soy viva / soy activa, / me meneo,/ me paseo, / yo trabajo, / subo y bajo, / no me estoy quieta jamás”.

Y el caballo, noble y satisfecho, sosegado, haciendo “movimientos tan veloces y a compás”, le respondió: “Tantas idas y venidas, / tantas vueltas y revueltas / quiero, amiga, / que me digas,/ ¿son de alguna utilidad?”

San Juan de la Cruz, mejor poeta que Tomás de Iriarte, mucho más lírico y místico, tiene también palabras más sabias, más sentenciosas y jugosas para los estresados hombres de nuestro tiempo. Es el médico de las almas, el domador de pasiones humanas, el forjador de voluntades para que el hombre descubra, clarifique y elimine las necesidades innecesarias. A los instintos que inclinan al mal él los llama “apetitos”. Son las tendencias aparentemente inocentes e inocuas, pero que, si el hombre se deja dominar por ellas, le causan unos daños no sólo morales, sino también psíquicos. De ahí que Juan de la Cruz puede ser considerado como el psicoterapeuta necesario para nuestra sociedad de la abundancia y el derroche.

Si el hombre sigue las apetencias de su sensualidad, Juan de la Cruz le dice al creyente que “le privan del Espíritu de Dios”. Y a ellos y a los mismos ateos o agnóstico, le causan unos “daños” irreparables. “Que al alma en que viven -escribe Juan de la Cruz-, la *cansan*, *atormentan*, *oscurecen*, *ensucian* y *enflaquecen*” (*Subida del Monte Carmelo*, I, 6, 1). El psi-

coterapeuta Juan de la Cruz explicita, en unas páginas antológicas, la miseria del hombre sometido a la tiranía de las pasiones, a las malas costumbres o vicios que dominan la voluntad y a las que no puede renunciar. El hombre, nacido para el dominio de sí mismo y de todos los elementos de la creación, deja de ser libre para ser un dominado esclavo, un pobre drogadicto.

A los creyentes en Dios y excesivamente inquietos por los quehaceres de cada día Juan de la Cruz les aconseja lo siguiente: “Adviertan aquí los que son muy activos [...] que mucho más agradecerían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración” (*Cántico Espiritual*, 29, 3).

Y es posible que también les recuerde que tengan los mismos sentimientos que tuvo él al componer el final de la *Llama de amor viva*, donde el sosiego y la paz interior se sienten como un perfume que apacigua el alma y la cura de toda extroversión e inquietud: “Cuán manso y amoroso / recuerdas en mi seno / donde secretamente solo moras / y en tu aspirar sabroso / de bien y gloria llena / cuán delicadamente me enamoras” (Canción 4).

Y a los ateos y agnósticos es posible que les recuerde también que releen su doctrina sobre los apetitos para sentirse libres de toda esclavitud, de apegos a las cosas aparentemente necesarias, pero realmente innecesarias. Y que si no creen que Dios puede apaciguar el alma, busquen refugio en otras creencias y principios éticos. Juan de la Cruz sería en ambos casos el maestro espiritual, el terapeuta del espíritu.